

Una infancia de niebla y recuerdos

Siberia

JUAN NICOLÁS DONOSO

Animal Extinto, Bogotá, 2019, 112 pp.

EL ACTO de recordar es engañoso. A veces hace que el pasado quede ennoblecido bajo una luz que nunca tuvo. Entonces corremos el riesgo de no distinguir cuándo vivimos algo o simplemente lo imaginamos. En aquella indistinción del recuerdo reside la belleza de la novela *Siberia*.

Desde la primera página, nos instalamos en la casa que le sirvió de hogar a Nicolás, el protagonista, durante la corta estancia laboral de su padre en la cantera de Siberia (Cundinamarca). La casa y el paisaje del páramo que la rodea perduran en la memoria de Nicolás de las formas más insospechadas. En adelante, vemos la realidad a través del adulto que se recuerda niño. Cada personaje sobrelleva el cambio de hábitat de manera distinta: mientras unos se acostumbran a prolongar sus caminatas envueltos en el helaje, otros se apegan a los recuerdos de la vida citadina que dejaron atrás. A medida que Nicolás evoca poéticamente aquel lugar de su infancia en los ochenta, se filtran expresiones de una espontaneidad e ingenuidad propias de la niñez. Es así como reflexiona sobre las costumbres que traía del viejo hogar: las canciones para dormir que entonaba su mamá, aunque tenían la misma letra, ahora habían cobrado otro sentido bajo aquella densa capa de niebla; los accidentes geográficos que antes imaginaba cuando jugaba en la ciudad, ahora, en Siberia, desbordaban su mente y pasaban a tener una existencia concreta, pues “ya no tenía que imaginar que un cojín del sofá era una colina o un montón de ropa esperando a ser planchado un escarpado. Ahora la estepa era la estepa, y la neblina, la neblina” (p. 24). La mamá, por su parte, resignifica su alrededor y enseña a sus hijos a dar otros nombres a los frailejones para que aquel paraje de neblina eterna empiece a ser más familiar.

En esta obra literaria la contemplación del entorno es piedra angular. La apuesta estética de las descripciones

desborda lo visual y alberga un amplio abanico de olores y sonidos: el olor a los espacios que han sido habitados, a pintura fresca, eucalipto, cigarrillo, concreto húmedo; el sonido industrial de la nevera, el sonido intenso de la cantera, de la piedra caliza fracturada: “Pude escuchar cómo truena un pedazo de montaña cuando el hombre la pulveriza” (p. 102). En la quietud del páramo, Nicolás aprende a apreciar otros sonidos y a sentir la presencia de los antiguos habitantes de la casa: “Fue solo poner un pie dentro de esa casa para sentir que nos hablaba. Los crujidos que emitían los listones de madera con cada paso reverberaban en las habitaciones vacías” (p. 14). En definitiva, esta novela nos ofrece una experiencia de lectura sensorial.

Las descripciones del ambiente ruinoso, de las estructuras cubiertas de musgo y óxido, revelan un tipo de belleza semejante a la estética *sabi* japonesa que encuentra en los lugares abandonados una de las formas más puras para apreciar el paso del tiempo y la condición efímera del ser humano. Así mismo, la atmósfera desolada de Siberia tiene un aspecto fantasmal heredero de la Comala de *Pedro Páramo*: “En Siberia las cosas habitaban en silencio. Todo se petrificaba bajo la luz blanca e intensa y la falta de horizonte expandía la temporalidad de los días” (p. 21). Al igual que en el pueblo rulfiano, en esta ciudadela no se ven niños jugando en las calles, se desdibuja la noción del tiempo y los personajes están enfrentados a escuchar por primera vez el silencio y a perderse en una oscuridad sin dimensiones. Esto nos hace pensar también que las zonas del paisaje borroneadas por la niebla emulan los recovecos difusos de la memoria. De ahí que *Siberia*, más que una novela de ambiente, sea una descripción metafórica del recuerdo.

Siberia devuelve la mirada a un paisaje poco explorado por la literatura colombiana contemporánea. Aquí el páramo no opera como un simple telón de fondo para resaltar a los personajes; al contrario, esta obra profundiza en los traumas que oculta aquella ciudadela incrustada en las montañas andinas. En el trasfondo de la narración poética, se aborda el tema de la explotación minera: leemos

entre líneas el impacto ambiental de la cantera en la respiración pesada de los obreros de la fábrica, en sus pieles cenicientas. También podemos leer la amenaza constante de la caída de las vagonetas como un augurio del final de aquella industria cementera. El hecho de que Juan Nicolás Donoso haya decidido darle vida literaria a un lugar que hoy parece habitado por fantasmas nos recuerda que, en este país, los rincones más explotados tienen una atención efímera y terminan guardando en la soledad y el olvido sus heridas abiertas. No es de extrañar que, incluso, en el cuidadoso e impecable trabajo de edición de este libro, se haya elegido como portada una obra de la artista plástica bogotana Pilar Vargas Pinzón, un paisaje de los cerros orientales hecho con el polvo que flota en el aire de la ciudad y que nos recuerda la destrucción de la naturaleza.

Después de leer *Siberia* quedamos con la sensación de que no pasa nada: los días y los recuerdos se confunden, y los personajes parecen embebidos en la monótona niebla del páramo. Precisamente, en ello también radica su riqueza literaria. Las historias que no soportan una línea argumental lógica son afines a una poética contemporánea en la que ya no importan los sucesos, sino lo que los personajes experimentan. O como diría el escritor y guionista Martín Rejtman, la historia es lo que ocurre alrededor del personaje, lo que él observa y hace.

Al final, solo queda la memoria, con algunos sucesos empañados por el olvido y otros que parecen haber permanecido intactos a lo largo del tiempo. Tal vez ese amasijo de recuerdos e invenciones de la mente sea nuestra única manera de certificar lo vivido porque “acaso todo ocurre después, cuando lo recordamos, no en el rudimentario presente”, como sentenció Borges.

Yessica Chiquillo Vilardi